

AYER, Alfred. *Los problemas centrales de la filosofía* (traducción de Marcial Suárez).
Madrid: Alianza Editorial, 1979, pp. 13-16.

A. Filosofía y ciencia

¿Qué es la filosofía? Incluso para un filósofo profesional, es muy difícil responder a esta pregunta, y esta dificultad es, en sí misma, reveladora, puesto que hace que los filósofos adviertan lo peculiar de su objeto. En primer lugar, la filosofía aspira a producir conocimiento; o, si pareciera que esto es una aspiración desmesurada, por lo menos consta de unas proposiciones que sus autores quieren que aceptemos como verdaderas. A pesar de todo, parece que la filosofía no posee ningún objeto específico. ¿Cómo podría definirse qué es lo que estudia un filósofo, igual que se dice que el químico estudia la composición de los cuerpos, o que un botánico estudia la variedad de las plantas?

Una posible respuesta es que al tratarse de un objeto que posee muchas ramificaciones, la filosofía no tiene uno, sino varios, objetos de estudio. De esta forma, puede decirse que la metafísica estudia la estructura de la realidad; la ética, las reglas de la conducta humana, la lógica, los cánones del razonamiento válido; y la teoría del conocimiento descubre qué es lo que podemos conocer. Esta respuesta no es incorrecta, pero podría ser engañosa. Efectivamente, la ética trata de la conducta humana, pero no se trata de una ciencia descriptiva de la conducta humana, al estilo de la psicología y la sociología. La ética puede ser prescriptiva, pero se interesa preferentemente por lo que se encuentra más allá de las prescripciones; no se ocupa tanto de

formular reglas de conducta como de considerar los fundamentos sobre los que estas reglas puedan apoyarse. Si la teoría del conocimiento descubre qué es lo que somos capaces de conocer, no debemos entender esto en el sentido en el cual puede decirse que una enciclopedia ofrece un panorama general de nuestro conocimiento. Más bien intenta establecer criterios de conocimiento; unos criterios capaces, quizá, de limitar lo que puede ser conocido. Más adelante veremos que la teoría del conocimiento es, sobre todo, un ejercicio de escepticismo; argumentos y refutaciones que tratan de demostrar que no conocemos lo que creemos conocer. La lógica, en cambio, es un caso especial. Como ciencia formal, tiene su puesto junto a la matemática, de la que apenas se diferencia hoy día. Pero en la medida en que se asimila a la matemática, se separa de la filosofía. Pueden suscitarse problemas filosóficos acerca de la lógica, de igual manera que pueden suscitarse acerca de la matemática. Sin embargo, dentro de un sistema lógico no existen problemas, excepto los que se plantean sobre la condición de las proposiciones lógicas, el carácter de los conceptos lógicos y la legitimidad de ciertos tipos de demostración.

El hilo conductor que se está manifestando en esta visión de la filosofía guarda relación con el tema de los criterios. Se ocupa de las pautas que gobiernan nuestro uso de los conceptos, de nuestras evaluaciones de la conducta, de nuestros métodos de razonamiento y de nuestras evaluaciones de los elementos de juicio. Una de las cosas que puede hacer es revelar los criterios que de hecho empleamos; otra, determinar si son conflictivos; y una tercera, tal vez, criticarlos y sustituirlos por otros criterios mejores. Pero estamos viendo muy de prisa. Podríamos plantear la siguiente pregunta: ¿En qué forma estas cuestiones son características de la filosofía? Seguramente, cada disciplina tiene sus propios criterios. Un matemático no necesita que se haya explicitado qué es una demostración válida, ni un físico que se haya dicho en qué consiste una teoría convincente, o qué importancia hay que atribuir a un experimento. Los abogados son expertos en evaluar los elementos de juicio. Al historiador le corresponde determinar el valor de sus fuentes. ¿Cuál debe ser la contribución del filósofo? ¿Y con qué autoridad?

La respuesta más sencilla a esta pregunta será mostrar cómo opera la filosofía en una de sus ramas, y para ello comenzaré por la metafísica. En su uso original, el término «metafísica» sólo significa «lo que está más allá de la física». Aristóteles escribió un libro sobre física, y sus comentaristas dieron el título de «metafísica» a los libros que seguían a la física en el catálogo de sus obras. Sin embargo, existía también la idea de que la metafísica, que se desarrollaba en la misma área que la física, intentaba ocuparse de problemas que ésta

dejaba sin respuesta. ¿Cuáles podrían ser esos problemas? Imagino que, ante todo, alguien diría que la metafísica investiga la estructura de la realidad. Pero ¿no es precisamente esto lo que hacen las ciencias naturales, salvo que ordinariamente no describiríamos lo que estas ciencias hacen de manera tan rimbombante? ¿En qué sentido puede sobrepasarlas la metafísica?

Decir que cada ciencia especial se ocupa sólo de un fragmento del mundo es responder superficialmente. La metafísica va más lejos que ellas al considerar la realidad como un todo. Esto es verdad, en el sentido negativo de que el radio de acción de la metafísica, cualquiera que sea, no está delimitado en la misma forma que el de una ciencia especial. Pero si se sugiere que el metafísico hace el mismo trabajo que un científico, sólo que a mayor escala, esta afirmación no sólo es inexacta, como descripción de lo que normalmente se considera metafísica, sino también poco atractiva como orientación a adoptar por un filósofo. ¿Cómo establecería éste una representación de la totalidad de la realidad si no es mediante la representación de sus partes? El máximo resultado que podría esperar sería reunir una enciclopedia con todas las teorías e hipótesis aceptadas actualmente en las diversas ramas de la ciencia. Sería muy difícil que un hombre llevara a cabo esta labor, y en el momento en que diera fin a su tarea es casi seguro que gran parte de su trabajo ya no estaría al día. Por ello, sería mejor emprenderlo como una empresa cooperativa. Si se hiciera bien, serviría para un propósito útil. Pero, incluso así, seguramente la metafísica contendría algo más que la compilación de las obras científicas de referencia.

Puede objetárseme que estoy siendo injusto. Lo que se espera de nuestro metafísico no es precisamente que reúna todas las teorías científicas de su tiempo, sino que las integre dentro de una representación del mundo. Debe realizar el ideal hegeliano de unificación de los diferentes fragmentos de conocimiento en una síntesis superior. Pero la dificultad reside en que no está nada claro en qué debe consistir tal representación del mundo. Es posible que debiera procederse de la siguiente forma. Alguien podría lograr la realización del designio einsteniano de unificar la física mediante la construcción de una teoría general que incorporara la física cuántica y la teoría de la relatividad. Entonces podría mostrarse que todas las demás ciencias pueden reducirse a la física. Hasta cierto punto, efectivamente, esto ya se ha conseguido. Existen razones poderosas para creer que las leyes químicas pueden deducirse de las de la física, y que las leyes biológicas son deducibles de las leyes químicas. Si pudiera demostrarse que las leyes psicológicas y sociológicas son deducibles de las leyes biológicas, se habría completado el programa. Si pudiera completarse,

podría considerarse a la teoría física fundamental, en función de la cual se ha explicado todo lo demás, como fuente de una representación general del mundo. Puesto que esta teoría tendría que ser muy abstracta, sólo podría ofrecer una representación muy esquemática, pero esto es inevitable. Para conocer detalles concretos, necesitaríamos volver a la enciclopedia.

Debemos preguntar ahora por la forma en que hay que determinar si tal programa puede llevarse a cabo. Realmente, podría haber objeciones de principio a la reducción de lo mental a lo físico, o de lo orgánico a lo inorgánico, y podría constituir una empresa filosófica el determinar si esta reducción es válida. Pero a partir de este momento los problemas serían científicos. Si se estableciera que no se interponía ninguna objeción válida de principio, en el sentido que hemos mencionado, el trabajo de proyectar una teoría que se ocupara de los estados y procesos mentales en función de operaciones del sistema nervioso correspondería al fisiólogo, y tocaría al químico encontrar el puente entre las entidades orgánicas y las inorgánicas. El metafísico, cuyas teorías no son, como las otras, comprobables mediante observación, no podría contribuir con nada.

Una concepción más ambiciosa de la metafísica es la que la hace competir con las ciencias naturales. Existe la creencia de que las ciencias sólo se ocupan de las apariencias, en tanto que el metafísico penetra en la realidad subyacente. Esta idea ha dominado más en la filosofía oriental que en la occidental, pero sigue atrayendo a los que quieren considerar a la filosofía como una ciencia de grado superior, y a los que asocian las ciencias naturales con un materialismo que los ofende. La dificultad fundamental de esta postura es la de hacerla inteligible. Efectivamente, estamos acostumbrados a que las apariencias pueden ser engañosas, pero si se analiza este hecho, se encontrará que no se trata de un conflicto entre las apariencias y algo de diferente orden, sino de un conflicto entre las apariencias mismas. Interpretamos algunas observaciones de una manera no corroborada por observaciones posteriores. Por ello, parece que el descubrimiento de que las cosas no siempre son lo que aparentan es incompatible con la conclusión de que la realidad está oculta a nuestros ojos. ¿Qué experiencia podría autorizarnos a hacer una distinción entre la totalidad de las apariencias y una realidad completamente distinta?

B. Evaluación de la experiencia mística

Algunos responderían a esta pregunta diciendo: «La experiencia mística.» El místico desarrolla una facultad especial que lo capacita para ver todo lo que después nos comunica, sin duda alguna de ma-